

□ La libertad. Ése es el humus sobre el que crece una sana laicidad □

Levante-EMV

Comprendo el deseo del filósofo **Flores d'Arcais** en su búsqueda del Estado laico. Lo comprendo y lo comparto. Pero no concuerdo con él en los extremos laicistas hasta los que lleva su pensamiento. Y no por motivos confesionales, sino por amor a la libertad, que es ahogada por el laicismo. Es cierto que si un cristiano vive mal su fe, puede ser fundamentalista. Y, posiblemente, sucede lo mismo a musulmanes y judíos. La Iglesia católica tiene muy clara la separación entre el orden civil y el religioso. Sabe igualmente que la verdad no se impone sino por sí misma. Sin embargo, el laicismo de Flores d'Arcais parece de obligado cumplimiento, un laicismo fundamentalista hasta la afirmación de que, para la democracia, es fundamental e inherente la resistencia a dejar entrar a Dios en la vida pública.

Observo que, en este tipo de planteamientos, siempre falta un concepto clave: la libertad. Ése es el *humus* sobre el que crece una sana laicidad no asfixiante y las religiones por las que opten los ciudadanos. Es cierto que las religiones monoteístas ofrecen una verdad, pero ni es preciso que se peleen por ella ni es necesario que adopten la verdad del laicismo excluyente. De otro modo, ¿en qué queda el artículo 18 de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, que proclama la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión? Si el filósofo italiano sólo los admite para la intimidad personal, ¿por qué su laicismo ha de ser la religión del Estado? ¿Por qué ha de ser impuesto a los que no lo desean?

Tocqueville relató su sorpresa al comprobar que la democracia americana tuvo su mejor valedor en el cristianismo y pensaba que las creencias religiosas son necesarias porque conducen a actos humanos, lo que constituye un apoyo a la libertad personal. Por eso aconseja las religiones, sin caer en áreas que estén fuera de su esfera. La Iglesia católica no postula que la vida pública se base en una religión –por cierto, sólo Malta es Estado confesional católico–, pero nadie puede impedir que los practicantes de cualquier religión oferten su visión de la vida y que ésta pueda influir en determinadas leyes. Si no, el laicismo a ultranza se convierte en dictadura para algunas o muchas conciencias; ese laicismo no es neutral porque es antirreligioso e irrespetuoso con la libertad.

Cuando Flores habla de intento camuflado de reintroducir a Dios mediante la moral natural, falsea la realidad porque no se trata de camuflaje alguno, sino deseo de buscar puntos comunes con aquellos no creyentes que no hacen fundamentalismo de su laicidad; y, por otra parte, siempre se ha hablado de moral natural hasta que algunos han intentado borrarla. Por cierto, cita a **Darwin** sin recordar que éste no negó nunca la creación ni la intervención de Dios en la evolución y selección natural de las especies. Él es libre de creer –nadie lo ha demostrado– en que todo es fruto de una acumulación de errores casuales en la transmisión del *ADN*, pero son precisos tantos errores para la sola aparición de una mosca que, puestos a creer en algo, hasta es más fácil creer en Dios, aunque algunas religiones sólo lo expliquen a medias. Pero sin pegarse.

Hace muchos años que oí hablar al fundador del Opus Dei de mentalidad laical, también dentro de la Iglesia. Y comprobé su amor a la libertad, su deseo de no mezclar a la Iglesia en banderías humanas, precisamente por esa pasión por la libertad y responsabilidad personales, por el mundo y la propia fe. Suyas son estas palabras: **«Los cristianos gozáis de la más plena libertad, con la consecuente personal responsabilidad, para intervenir como mejor os plazca en cuestiones de índole política, social, cultural, etcétera, sin más límites que los que marca el magisterio de la Iglesia»**. ¿Hay alguien con espíritu democrático que se atreva a negarnos este derecho?